

Los cuerpos
extraños **Lorenzo
Silva**



Los cuerpos extraños

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1297

Advertencia usual

Como de costumbre, los lugares que aparecen en este libro están inspirados, siempre con cierta libertad, en lugares reales. Algún personaje, y alguno de los hechos narrados, se inspiran también en sucesos reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse por tanto fruto de la invención del novelista y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

De los treinta grados del signo de Tauro es la piedra a que dicen *camiruca*, que quiere decir tanto, en aquel lenguaje, como olvidadiza en éste. Y su virtud es tal que, el que la trae consigo acaécele olvidamiento de todas las cosas que ha de hacer, que no le viene en miente ninguna de ellas en cuanto la trae. Y si le dieran de los polvos de ella, o de la pulidura, a beber, olvídalo por siempre hasta que se muere. Y ha otra extraña virtud que usan mucho las mujeres que quieren mal obrar, que si toman los polvos de ella, y los amasan con alguna cosa húmeda, y los ponen en su natura aquellas que no son vírgenes, apriétalas de guisa que son más fuertes de corromper que las que son vírgenes.

ALFONSO X, *Lapidario*

I

Yo seré tu celador

—Te tienes que ir.

No era una pregunta, ni un reproche, tampoco una suposición. No había en sus palabras, ya, la más mínima aspiración a intervenir en lo que fuera a suceder, como en mayor o menor medida la tiene quien da en indagar, re-criminar o tratar de anticiparse a los hechos. Lo dijo, más bien, como si levantara acta de algo cierto y fatídico, frente a lo que no tenía más opción que resignarse y dar un paso atrás. Por una vez, sin embargo, se equivocaba. Y me reconfortó poder decírselo:

—No, mamá, nos quedamos. No vamos a dejar que se eche a perder toda esa comida que has hecho. Es lo bueno que tienen los muertos: a diferencia de los vivos, pueden esperar lo que haga falta.

Nadie mejor que yo sabía que no siempre era así, y no por los difuntos, precisamente, sino por los vivos que a propósito de ellos tenían la voluntad y la capacidad de picarnos espuelas a quienes habíamos sido tan inconscientes como para hacer del siempre embarazoso escrutinio de la muerte nuestra manera de afrontar el transcurso de los días. De hecho, lo primero que había pensado, al ver aquella mañana de domingo el nombre de mi superior parpadeando en la pantalla de mi teléfono móvil, había sido lo mismo que mi madre, apenas terminada mi conversación con él, acababa de poner en palabras.

La información que me suministró mi jefe de grupo y

principal hacedor de mi agenda, el siempre circunspecto comandante Rebollo, alimentó de entrada mis peores temores. Era un jefe considerado, en absoluto proclive a esos tics del mando que, en tiempos más tenebrosos, habían hecho de los desdichados que vestían el uniforme que guardaba en mi armario lo más parecido a un siervo de la gleba. Lejos de acuciarme, comenzó interesándose por mis circunstancias:

—Perdona por molestarte en domingo —se excusó—. Espero no pillarte en demasiado mal momento. ¿Puedes hablar?

—Me pilla en Salamanca, mi comandante. Tratando de honrar a mi madre, como ordena el mandamiento. Es su cumpleaños y tenemos reunión familiar para celebrarlo. Pero sí, puedo hablar.

Rebollo dejó escapar un leve carraspeo.

—Felicítala de mi parte, y transmítele mis disculpas. Tenemos una emergencia, ya te lo imaginas. Alguien se ha cobrado una buena pieza y va a haber follón. Ha aparecido muerta una alcaldesa.

—Tenía que acabar pasando —opiné, arrepintiéndome casi en el acto de mi irreverente espontaneidad.

—Confío en que seas capaz de disimular tu satisfacción —me afeó—, porque te va a tocar hacer como que te interesa que se castigue al culpable. Nuestro señorito ha reclamado el asunto y la superioridad ha tenido a bien otorgarnos el honor de resolverlo. Ante la única decisión que me compete, a quién darle oportunidad de colgarse una medalla, me ha sido inevitable acordarme de mi brigada favorito.

—Están a punto de saltárseme las lágrimas, mi comandante.

—No me lo agradezcas más de lo que merezco. Me ha sido inevitable porque una vez más viene dictado por Pereira. Supongo que cuando ascienda a general y deje la unidad podré elegir yo en lugar de tener que asignar todos los casos estelares a su investigador fetiche.

—Ya falta menos, mi comandante. Dentro de poco usted podrá dar cancha a gente más espabilada y yo podré ponerme al fin con todos los sudokus que tengo atrasados. ¿Puedo preguntar de dónde era alcaldesa la difunta y dónde le han interrumpido la trayectoria?

Me dijo el nombre de una localidad costera levantina de mediano tamaño que no me era desconocida. Había estado un par de veces por allí y recordaba vagamente su paseo marítimo. En realidad, a aquellas alturas, después de dos décadas levantando cadáveres por todo el territorio nacional, casi ninguna localidad, levantina o no, mediana o ínfima, me era desconocida, y casi de cualquiera guardaba algún vago recuerdo. También ocurre que con los años todos los lugares se acaban confundiendo un poco, en una suerte de caprichosa geografía personal que comunica sus calles y caminos como si todo el país o todo el mundo cupieran en una borrosa comarca por la que están condenadas a vagar la memoria y la imaginación del viajero que los recorrió.

—Allí es donde mandaba, zona de la Policía —me explicó—, pero su cuerpo ha aparecido en el término municipal de un pueblo vecino, mucho más pequeño, y por tanto de nuestra responsabilidad. Eso le va a permitir a su señoría contar en la instrucción del caso con el celo y la perspicacia que nos caracteriza, y que a ti te tocará demostrarle.

—Lo haré con el fervor que eso merece —prometí.

—No me cabe ninguna duda —dijo, y hasta me pareció que lo creía—. No sé mucho de las circunstancias, tal vez pueda contarte algo más a lo largo del día. Lo que me dicen es que la encontraron esta mañana unos turistas extranjeros en una playa sin urbanizar, una de las pocas que quedan por allí, y que suelen utilizar los que hacen nudismo, porque está más o menos apartada de las carreteras principales.

—Algún día habría que revisar el reparto de competencias. Esto de correr con la seguridad de todos los des-

poblados nos carga con los peores marrones, aparte de incrementar la carga de trabajo.

—Es lo que hay, Vila, haberte metido a madero, además tendrías sindicato y podrías manifestarte sin que te arrestaran. En cuanto al cuerpo, no sé si por ponerla en consonancia con el entorno, me dicen que estaba desnudo de cintura para abajo. De cintura para arriba le dejaron solamente el sostén, por si crees que eso significa algo.

—Que es usted un poco cursi, mi comandante.

—¿Cómo?

—Mi sargento Chamorro me regañó una vez por usar esa palabra. Dice que mejor sujetador, que es como lo llama cualquier mujer.

—Pues el sujetador, si la sargento así lo manda. Ah, como único signo de violencia, marcas en el cuello de estrangulamiento, que en tanto el forense le hace la autopsia es la causa presunta de la muerte. También te interesará saber, creo, que el marido había denunciado de madrugada la desaparición, y que ya había un operativo buscándola cuando se recibió la llamada de los turistas. Y eso es todo por ahora.

—No está mal. Lo suficiente para amargarme el domingo.

—Hay una parte buena. El coronel me ha dicho que te llame pero que no hay necesidad de que te fastidie el fin de semana. Al parecer ha tenido un tira y afloja con el coronel de la comandancia, que quería que su gente de policía judicial asumiera la investigación. El trato es que ellos se encargan de todas las gestiones inmediatas, de hecho ya han levantado el cadáver y están haciendo el análisis de la escena del crimen, y nosotros llegamos mañana para hacernos cargo del paquete, con su apoyo. Lo que me toca a mí es llamar a su comandante para organizar cómo nos dan ese apoyo y hasta dónde les dejamos compartir la tarea. Prometo tenerte eso resuelto para cuando aterrices.

—Le estaría muy agradecido. A mis años y desde la modestia de mis galones de suboficial, no me apetece es-

pecialmente disputarle el territorio a un joven comandante sediento de ascensos y deseoso de mostrarse ante sus subordinados como un imbatible macho alfa.

—Por ese lado no te preocupes. Es una comandante.

Confieso que no pude evitar que se me alzaran las cejas. Dado el reciente acceso de las mujeres a las academias de oficiales del Cuerpo, no había muchas que hubieran alcanzado ese rango. De hecho, debía de ser una de las pioneras. Lo que no supe si interpretar como una suerte o como un contratiempo peor que el que me había imaginado. Dependería, como casi todo, del carácter y la actitud de la interesada.

—Igual le digo. Apáñese con ella, por favor.

—Descuida. Salís mañana a primera hora, ya me he encargado de que os reserven coche y el resto de la intendencia. Te llevas a Chamorro y a Arnau, antes de que me los pidas. Es un embolado y tienes derecho a hacerte el equipo a tu gusto. Para que digas que soy un cabrón.

—Ni muy borracho me permitiría decir tal cosa, mi comandante.

—Pues eso es todo, por ahora. Mañana nos vemos. Dile por favor a tu madre que siento haber interrumpido la celebración.

—No se apure. Ya sabe la clase de pringado que echó al mundo.

—Míralo por el lado amable, Vila. Esto huele a que vuelven a adornarte el pecho, seguro. Vas a codearte con los que parten el bacalao.

—Sí, menuda potra tengo.

Para bien o para mal, ya había rebasado esa edad en que colgarse chatarra de la pechera el día de la patrona (que viene siendo el único en que un tipo como yo se pone el uniforme, para descubrir que desde la patrona anterior la dieta fue excesiva o el ejercicio físico insuficiente) le parece a uno una distinción. Como decía un veterano suboficial junto al que tuve la suerte de servir, las recompensas militares tienden a concederse en exceso cuando no

hay demasiado valor que reconocer, y en cambio recaen siempre de menos sobre los que se juegan el pellejo cuando hay una guerra de verdad. Y en otro orden de cosas, más íntimo y amargo, a partir de cierto momento, lo que uno juzga realmente un privilegio son esos pechos despejados que ostentan en su desnudez el galardón más envidiable: la juventud de sus dueños y los años que todavía no les han cambiado por recuerdos y quincalla.

La mirada que asomó a los ojos marrones y diáfanos de mi madre, al expresar su temor a que mi trabajo nos arruinara la reunión familiar, agravó mi melancolía, que tras tranquilizarla me apresuré a apartar de un cintazo, la única forma sensata de tratar tan nocivo sentimiento. Mientras ella regresaba a la cocina para continuar con los preparativos de la comida, miré el reloj: las doce y media. Ya era hora de entrar a expulsar del lecho a mi legítimo heredero, que la madrugada anterior había salido de marcha con sus primos. A veces me preguntaba si su buena disposición a acompañarme en aquellas visitas a su abuela, aun siendo más espaciadas de lo que me dictaba mi sentido del deber filial, no se debía tanto a su amor de nieto como a la posibilidad de explorar junto a los hijos de mi única prima, buenos conocedores, el vibrante ambiente nocturno de la venerable ciudad universitaria. Por un lado, me parecía bien, y celebraba que mi hijo veinteañero tuviera ganas de divertirse y mantuviera de esa manera festiva, que viene a ser la más eficaz, el vínculo familiar que yo mismo descuidaba de forma censurable, habida cuenta de lo reducido del círculo de mis consanguíneos. Por otra parte, en cambio, sus actividades nocturnas me producían un difuso desasosiego. Recordaba mis propias andanzas juveniles por aquella ciudad, más de una vez junto a la madre de sus compañeros de correrías, en cuya pandilla yo venía a ser, el primo de Madrid y medio uruguayo y sin padre por añadidura, una especie de postizo algo estrafalario. Hubo más de un amanecer que a la vez que las piedras milenarias alumbró mi sensación de sole-

dad en compañía: esa arraigada conciencia, que nunca me ha abandonado, de ser una suerte de marciano entre aquellos con los que camino. Por suerte para él, Andrés parecía más acorde con el mundo, pero ello no disipaba mi inquietud al verlo desaparecer hasta la salida del sol. Mi profesión me ha permitido constatar hasta qué punto la noche puede ser manto protector para tarados y ocasión propicia para la torpeza humana.

Busqué una melodía adecuada en mi teléfono móvil de última generación, uno de los dos minicaprichos, a lo sumo, con los que mi renta de funcionario congelado y divorciado me permitía llevar una vida semejante a la de las *celebrities* que lideran nuestro mundo y sirven de faro y luminaria a nuestras nuevas generaciones. Abrí la puerta de la leonera donde mi hijo roncaba a pierna suelta, y que durante el resto del tiempo era una habitación normal, y me acerqué sigilosamente hasta la cama en la que yacía enrollado en el edredón. Acerqué el teléfono hasta donde supuse que podía estar su cabeza y le di al *play*.

Comenzaron a sonar unas campanas dulces y ligeras, y después una cálida voz femenina que hacía los coros, junto a la suave percusión que anunciaba la inminente entrada del solista. Éste cantaba al fin en voz baja, casi como si se esforzara para no irritar al auditorio:

La estrellita que una noche divisé
fue la que hizo verdadera la ilusión que yo soñé,
mis harapos en fino lino convirtió
y me impuso una tarea de un bellísimo valor.
Cuando te asalte la duda
o a punto estés de ceder a una tentación,
llámame con un silbido,
yo seré tu celador.

A partir de ahí, se arrancaba un piano que ya no era tan leve, al que acompañaba un sintetizador que llegaba incluso a resultar molesto. Fue el instante en que el ron-

quido cesó y el cuerpo bajo el edredón comenzó a moverse. Luego sonó un graznido bajo la cobertura:

—Papá, eres un carca.

—No te quejes, soldado. Carcundia por carcundia, podría haberme inclinado por Iron Maiden. 22 *Acacia Avenue*, por ejemplo.

—Ya, se te agradece —rezongó—. ¿Qué demonios es eso?

—Germán Coppini, *Pepito, el grillo*. Un himno que deberías conocer, si es que no lo has oído nunca. Y atender a la letra, que ningún rapero alcanzará jamás con esos rípios que ahora consideráis canciones.

Mi hijo asomó la cara somnolienta:

—Punto uno, no eres tan viejo para hablar así. Punto dos, odio el rap. Punto tres, estoy hecho polvo. ¿No puedo sobar un poco más?

—No, no puedes.

—¿Y eso?

—Tu abuela está haciéndote de comer. Queda feo que duermas hasta que te ponga el plato en la mesa, te lo zam-pes y luego te largues. Adecéntate y dale un poco de conversación antes, si no te sabe mal.

—¿Y tú?

—Tengo que hacer unas llamadas.

—¿Muerto?

—Muerta.

—¿Lejos?

—A cinco horas de aquí. Tres y poco de Madrid.

—¿Hay que salir pitando?

—No, por una vez podemos hacer sobremesa y todo. Anda, quítate el olor a chotuno lo antes que puedas y ve con tu abuela.

—A sus órdenes, mi brigada. Joder, sólo he dormido cuatro horas.

—Siento desanimarte, pero con menos tendrás que tirar más de una vez, mi pequeño saltamontes, cuando empiece la vida real.

—Vale, no me abrases más. Ya me levanto.

Lo dejé con su aseo y me fui a la sala de estar. La desvaída luz de febrero atravesaba los visillos como un anuncio todavía débil de la primavera, para la que aún faltaba casi un mes. Al otro lado de los cristales se adivinaba el color cálido de la piedra salmantina, tan agradecida que le bastaba aquella luminosidad desteñida para resultar hermosa. Allí vivía mi familia materna desde hacía décadas; más en concreto, desde los años cuarenta del siglo pasado, cuando mi abuelo, emigrado del pueblo al término de la guerra, había conseguido el alquiler que mi madre prorrogó a su muerte para pasar sus últimos años, con su hijo ya colocado y destinado entonces a varios cientos de kilómetros de Madrid, en la ciudad que la vio nacer. Allí, en aquella quieta urbe de provincias alborotada por los estudiantes, estaban las raíces que me convertían en castellano, una rara especie de bípedo sin plumas que se distingue por una suerte de pundonor entreverado de desapego. Eso le permite ser capaz de las mayores hazañas, contra el rey o con el rey, desde la batalla suicida de los Comuneros hasta la conquista de medio mundo justo después de haberse zampado Al-Ándalus, y no aprovecharlas en modo alguno, dejando todo el rendimiento al primer mercachifle avisado que pasa por allí. Con el tiempo había ido descubriendo que ese carácter, trabado en mis genes, no dejaba de ser pertinente para explicar mi propia biografía, en la que no faltaban los esfuerzos y, en cambio, escaseaban las ganancias. Había intentado otras vidas, y quizá a esa pretensión había obedecido mi juvenil decisión de estudiar Psicología, ciencia incierta pero a primera vista lucrativa, dado el desarreglo mental mayoritario de la mujer y el hombre contemporáneos. Sin embargo, no lo había hecho en buen momento, porque a finales de los ochenta todas las facultades españolas, y la de Psicología no era una excepción, expelían muchos más titulados de los que el país requería. Siempre había pensado que presentar la solicitud para ingresar en la Guardia Civil fue una solu-

ción de rebote, la primera que me cruzó por la mente y funcionó, y que a partir de ahí me había ido dejando llevar sin más. Ahora, al filo del medio siglo, comenzaba a sentir que me había dejado guiar inconscientemente por mi naturaleza, y que ella me había conducido allí donde encajaba, pese a mi natural propensión a crearme una pieza descartada del engranaje social.

A fin de cuentas, qué mejor lugar para un espécimen como yo que el instituto que puso en pie otro sujeto anómalo, en cuya sangre, como en la mía, convivía el desasimimiento castellano con la herencia exótica. Francisco Javier Girón, más conocido como el duque de Ahumada, que no fue el fundador pero sí quien organizó la Guardia Civil, descendía por una parte de un maestro de la orden de Calatrava, rancia nobleza castellana, y por otra del emperador Moctezuma. Quizá sólo alguien así podía llegar a diseñar un cuerpo lo bastante extravagante como para que en él pudiera hallar su sitio el fruto de la fallida unión entre una castellana de una pieza como mi madre y un uruguayo inconsistente como, según todos los indicios de los que dispongo, incluidos los recuerdos de los siete años que viví junto a él en Montevideo, debió de ser o debía de ser aún mi padre, dondequiera que estuviera.

Volví a espantar una de esas imágenes que los años me habían enseñado a no dejar más de una fracción de segundo asomadas a la pantalla de mi mente y marqué sin más demora el número de Chamorro. La sargento, mi fiel compañera de fatigas, tropiezos y ocasionales aciertos, tardó un número inusual de tonos en responder. De hecho dejó sonar tantos que temí que se cortara la comunicación. Estaba seguramente a punto de hacerlo cuando entró su voz pastosa:

—¿Sí?

—Hola, Virgi. ¿Dormías?

—No, no, es que... Bueno, sí.

Me sorprendió. Chamorro era ave madrugadora, y rara vez exhibía vacilación o incurría en insinceridad.

Gaditana de nacimiento, también tenía genes castellanos, burgaleses en su caso, que la inclinaban a la firmeza y a ir siempre de frente. De hecho, aquélla podía ser la primera mentira que me constara que había intentado colarme.

—Si es mal momento puedo llamarte en un rato —le ofrecí.

—No, no te preocupes. Tampoco... Vamos, que esta noche no he dormido muy allá, eso es todo. ¿Qué hay? ¿Lo que me imagino?

—¿Qué crees tú que podía llevarme a perturbarte el descanso dominical? La novedad es que esta vez nos dejan unas horas para arreglarnos. Salimos mañana a primera hora. Pereira le ha cedido al coronel del lugar el privilegio de levantar el mantel y barrer las migas.

—¿Muy lejos?

—*Comunitat Valenciana*. Lo bueno es que el pueblo tiene playa.

—En eso estoy pensando yo, ahora mismo.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí, descuida, nada que no pueda atajar el ibuprofeno.

La mención de aquel principio activo me infundió tranquilidad. Podía ser, sólo, que Chamorro estuviera en uno de esos días, aunque jamás la había visto bajar el pistón por ello, si acaso le agriaba un poco el talante. Quizá lo que le ocurría no era más que al ser domingo la había sorprendido con la guardia baja. Le seguí contando:

—Para tu conocimiento y efectos, esta vez hay una peculiaridad. Salimos de caza mayor, me temo. La difunta es una alcaldesa. De la ciudad colindante con el pueblo en cuyo término municipal la dejaron tirada. Semidesnuda y tendida sobre la arena, para más señas.

—¿Semidesnuda?

—Sólo el sujetador.

—¿Violada?

—No le han hecho aún la autopsia. No me consta.

Chamorro estornudó al otro lado de la línea. Luego

carraspeó y, con la voz todavía tomada, acató, qué remedio, su destino:

—Está bien. ¿A qué hora mañana?

—No hace falta sobreactuar. No me han dicho nada al respecto. Llega a las ocho como siempre y a las nueve nos ponemos en camino. Así dejamos tiempo para que se decante la cosa, sobre todo para que los jefes se delimiten el territorio entre sí. Con un poco de suerte, cuando lleguemos los valencianos nos lo han resuelto. O se ha entregado el fulano que se ligó el sábado a la alcaldesa y asunto concluido.

—No caerá esa breva.

—En fin, tienes casi veinte horas para mentalizarte.

—Aprovecharé para preparar por una vez una maleta como Dios manda —suspiró—, y para hacer alguna compra, por si se nos alarga el asunto. Menos mal que ahora abren los domingos.

—No opinan lo mismo los pequeños comerciantes. Salvo los chinos.

—Ya lo sé. Perdona mi insolidaridad. Me conviene.

—Perdonada. Otra cosa. Llama tú al elemento de tropa. Rebollo nos deja llevarnos a Arnau. Prefiero que seas tú quien le dé la noticia de que se olvide de todos los planes que tuviera para esta semana.

—Muy agradecida.

—Hay que sudar los galones, mi sargento. ¿Estás bien de veras?

—Sí, te veo mañana.

Y me colgó, casi con brusquedad. Aquel súbito silencio en la línea me dio mala espina, casi peor que el hecho, completamente inaudito, de haber sorprendido a Chamorro durmiendo más allá del mediodía. Desde hacía un par de semanas la notaba algo más distraída de lo común en ella, que era nada en absoluto. No le había dado mayor trascendencia: cosas que suceden cuando la gente, por puntillosa y recia que se esfuerce en ser, empieza a acercarse a la cuarta esquina de la vida, que ella ya tenía a sólo

un año de distancia. Su tono y sus reacciones a lo largo de aquella breve conversación telefónica, algo más desabridos que de ordinario, hicieron en cambio que me saltaran las alarmas. Algo no iba como debía, y entre la reservada disposición de Chamorro y el contexto siempre tenso de una investigación de homicidio, que nos despachaba nada menos que al jardín de la política municipal española, no iba a estar en la mejor situación para averiguarlo y ofrecerle mi ayuda, si es que en algo podía serle útil.

Me permití desear, en cuanto a lo segundo, que el asesinato de aquella alcaldesa no tuviera nada que ver con su gestión. Aunque mi comandante me lo hubiese reprochado, no me producía ningún alborozo el hecho de que un político muriera violentamente, ni tenía el menor interés en poner los pies en semejante campo de minas. Que en los últimos tiempos la ciudadanía sintiera un comprensible desafecto hacia unos gestores públicos que habían sumido al país en la bancarrota, después de haber obtenido muchos de ellos jugosas rentas para sí y para sus correligionarios (o hijos, o cónyuges, o novias, o amantes, o compañeros de pupitre), no excitaba hasta ese extremo mi afán justiciero. Tampoco consideraba una suerte que la relación más frecuente, de un tiempo a aquella parte, entre alcaldes y guardias civiles fuera que los primeros salieran esposados entre los segundos. Algo que, dicho sea de paso, reverdecía, nunca mejor dicho, viejos laureles de los tiempos fundacionales del Cuerpo, cuando allá por el año 1845 los primeros guardias detenían a alcaldes que dirigían o amparaban partidas de bandoleros, distinción que entre otros correspondió a los de Malcocinado y Pina, en Badajoz y Castellón respectivamente.

No, no era una suerte para los de mi empleo tener que vérselas con quienes partían el bacalao, por emplear la misma expresión con que los había aludido mi jefe inmediato. Cuando el deber te conducía hasta ese territorio, y alguna experiencia tenía al respecto, para alguien como yo había más papeletas de salir trasquilado que de ganarse la

condecoración con la que bromeaba el comandante, siempre que el esclarecimiento del asunto pasara por desvelar alguna de las inmundicias, ventajas o dobleces con que los hombres y mujeres públicos hubieran dado en engrasar sus carreras, en el caso no improbable de que te cruzaras con alguno que se hubiera permitido esa clase de licencias. No participaba de la sistemática presunción de deshonestidad en que habían caído mis conciudadanos respecto de la clase política, porque por mi oficio había adquirido el hábito de acusar sólo con pruebas y también la certeza de la variedad casi infinita de la pasta humana; pero conocía algo el terreno por el que debía pisar y peinaba más canas de las que hacían ya imposible albergar según qué ingenuidades.

Para apartar mi cerebro de tan oscuros pensamientos, me vino bien la comida familiar. Incluso el guirigay que se montaba en tales ocasiones, y al que contribuía con su verborrea el marido de mi prima, un por lo demás simpático registrador de la propiedad que, aparte de permitirle a ella llevar un nivel de vida que había hecho que la sintiera cada vez más ajena a mí, con sus bolsos de Loewe y el Mini descapotable en que se movía por Salamanca, tenía, como todos los individuos de formación leguleya, una opinión sobre todo y la tendencia a expresarla con muchísimas más palabras de las estrictamente indispensables. Mientras le escuchaba pontificar sobre lo divino y lo humano y desgranar la incompetencia de todo el mundo menos él, comenzando por su colega que a la sazón ocupaba la presidencia del Gobierno, me abandoné al gustoso paladeo del vinazo de sesenta euros que habían traído para la ocasión, y que en las condiciones normales de mi existencia no me era dado catar. Se trataba de un potente caldo de Toro, del que me adjudiqué sin rubor más de media botella, ante la timidez alcohólica del resto de los comensales. Ni mi madre, por su sobriedad natural, ni mi tía, que se había instalado en una viudez estoica, ni mi prima, preocupada por la línea, ni sus dos hijos y el mío, que se

daban a la Coca-Cola para paliar los excesos de la madrugada anterior, entraban apenas en la disputa, y el registrador hablaba demasiado para ser un competidor del que hubiera que temer. De modo que le dejé arreglar el país y el mundo, asintiendo a todo, y cuando me preguntó, al hilo de un comentario de mi madre, qué sabía de lo de la alcaldesa, que era noticia de apertura del telediario, me limité a decir:

—Nada. Dejaré que mañana me sorprendan. Es lo mejor.

Por la cara que puso, temí haberme pasado de seco. Intuí que mi primo político me estaba dando pie a lucirme, para poder lucirse él a su vez en la siguiente sobremesa comentando el caso de la alcaldesa con la información privilegiada extraída al primo picoleto de su mujer. Por suerte, el vino me permitía superar cualquier embarazo.

Mientras ayudaba a mi madre a recoger la cocina (en la sala, el registrador zapeaba con el mando de la tele, mi prima y mi tía se dejaban hacer y los tres jóvenes, dirigidos por la hija de mi prima, digna heredera de su padre, miraban vídeos en una tableta), tuve con ella uno de esos momentos de confianza maternofilial que el transcurrir de los años vuelve cada vez más raros y a la vez más sustanciales.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—¿Yo? Bien, como siempre. Bueno, un poco más viejo.

—En serio. Me preocupas un poco.

—¿Qué te preocupa?

—Hasta cuándo vas a vivir así. Siempre rodando por ahí, fuera de casa, mal comiendo, me imagino, y todo lo demás. Y solo.

—No estoy solo. Te tengo a ti, a Andrés. A la tía. Y al Castelar ese con el que emparentó, y que nunca nos dejará aburrirnos.

—Tú me entiendes.

—Ya te he dado un nieto, y ha salido bastante majó,

para lo que hay por ahí. Y se puede vivir solo. Tengo tu ejemplo, sin ir más lejos.

—No es en lo que me gustaría que me imitaras. A veces pienso que me equivoqué, en esa parte. Pero tampoco encontré a nadie que...

—Lo mismo me pasa a mí. No te voy a traer aquí a la primera petarda que me haga caso. Además, qué pensaría el registrador.

Se rió. Y yo me sentí, en ese segundo, con pleno derecho a existir.

—Eres de lo que no hay, hijo mío. ¿De verdad estás bien?

Sonreí. Pensé bien mis argumentos. Debía convencerla.

—En la gloria, mamá. Tengo trabajo, y hasta me lo pagan. Un buen hijo. Y un piso, pequeño, pero es mío, no pueden echarme.

—Está bien. Haré como que te creo.

—Créeme, y encima me dedico a proteger a mis conciudadanos. ¿Cabe imaginar mayor honor que ése, ser útil a tus semejantes?

Mientras miraba a mi madre, recordé, por un automatismo, los versos de la canción: *Lláname con un silbido, yo seré tu celador*. En ese preciso instante sonó mi móvil. Pepito, el grillo. O lo que es lo mismo, mi gran jefe: el coronel Pereira. Lo que rara vez era buen presagio.